

GEDEÓN ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

# GEDEÓN

DIPUTADO A CORTES POR MADRID

**SEMANARIO SATIRICO**  
SE PUBLICA LOS JUEVES  
DIEZ CÉNTIMOS el número  
ADMINISTRACIÓN  
Costanilla de los Angeles, 1

**PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN**

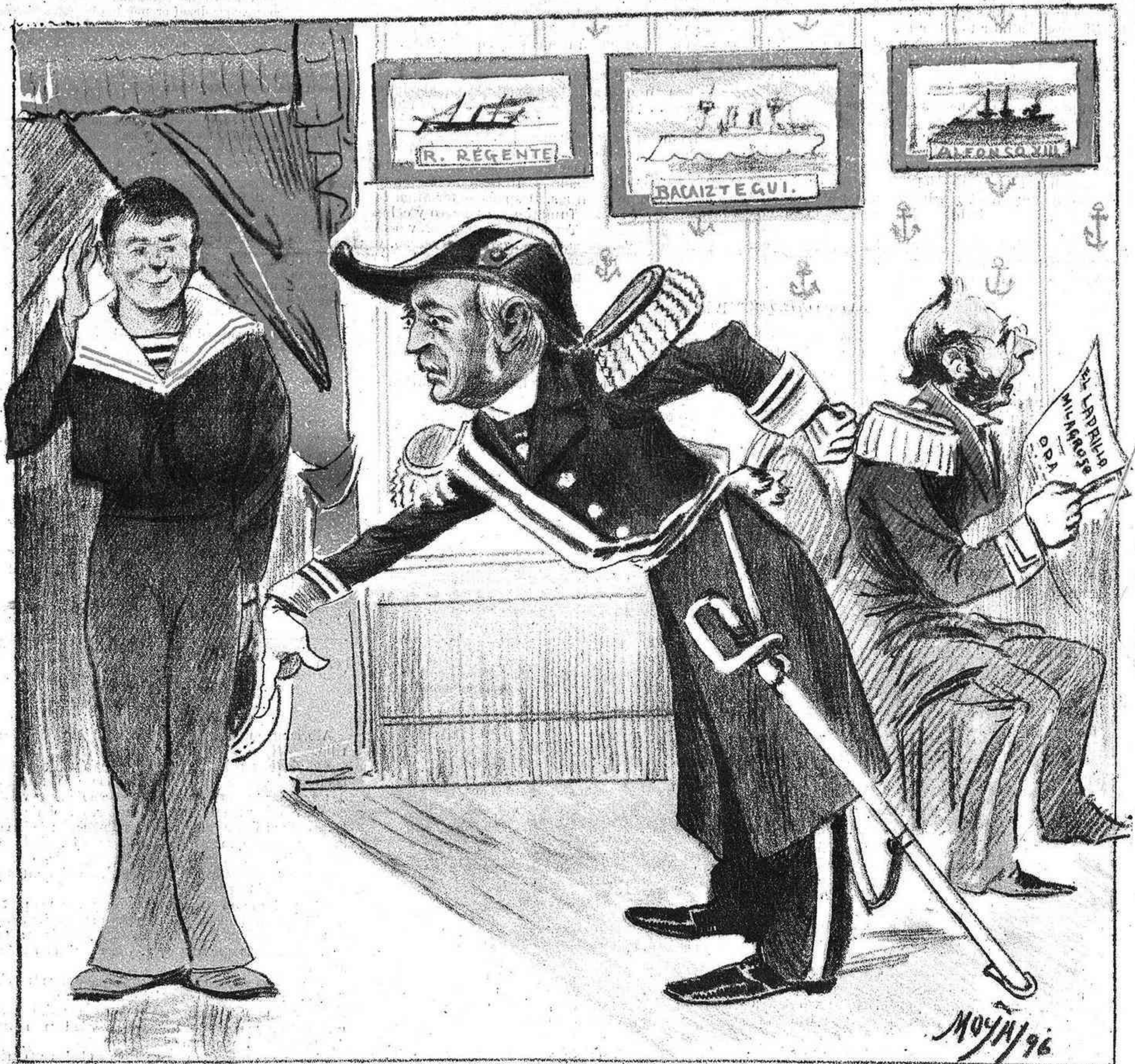
Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6 —
Provincias y Portugal, trimes- tre.....	2 —
Año.....	8 —
Número atrasado.....	0,25 —
25 ejemplares.....	1,50 —

AÑO II

Madrid 23 de Octubre de 1896.

NÚM. 50

## LA BOTADURA ESPONTÁNEA



**BERÁNGER.**—Esto es una burla. Salga usted en seguida para La Carraca, y que vuelva el barco á la grada, por haberse botado á sí mismo desobedeciendo á la Superioridad.

Jueves de Gedeón.

—Vengo asustado, Calínez.  
 —¿Pues de dónde vienes, Gedeón?  
 —De casa del general Beránger.  
 —¡Oh, cielos! ¿Se ha lanzado espontáneamente del Ministerio?  
 —No le ofendas con esa pregunta. El Ministro de Marina no le faltaría de ese modo a su jefe, el Sr. Cánovas, ni aunque éste lo mandara. Tú tienes el gravísimo defecto de no conocer a las personas.  
 —Bueno; pero dime sin incomodarte la causa de tu susto.  
 —Hela aquí, Calínez. Tú no ignoras que con motivo de haberse descuidado un minuto las personas técnicas, cayó al agua felizmente el *Princesa de Asturias*. Al saberlo corrí al Ministerio para felicitar al general Beránger por tan halagüeño descuido. El despacho del Ministro estaba más lleno de felicitantes, que el arsenal de la Carraca de pipa. Hubo apretones de manos, explosión de frases efusivas y...  
 —Estallidos de sordas.  
 —Vaya, ¿hablas tú, ó hablo yo?  
 —Habla tú; pero déjame que de cuando en cuando meta mi cucharada. Eso el mismo Cánovas se lo permite al propio Morlesín.  
 —Corriente; permitido y continúo. Cuando quedamos en el despacho del Ministro catorce ó quince individuos, todos senadores ó diputados, nos dijo afablemente el Sr. Beránger: ¡Caballeros, mañana sin falta les espero á ustedes á comer en mi casa! Hay que mojar con Champagne la botadura del *Princesa*.  
 —Me parece muy bien lo del Champagne, porque de ese crucero se puede decir: ¡saltó y vino!  
 —Todos aceptamos la invitación y nos despedimos hasta el día siguiente, es decir, hasta hoy. Ninguno ha faltado á la cita.  
 —Claro; como que os iban á dar de comer, ¡ni que os hubieran puesto flotadores! Pero hasta ahora no veo muy clara la causa de tu susto.  
 —No seas impaciente, Calínez. Cuando todos los presuntos comensales estábamos ya reunidos en casa de nuestro presunto anfitrión, circuló de pronto una terrible noticia.  
 —¿Que el crucero había retrocedido á la grada?  
 —Mucho peor que eso. ¡Que el cocinero del general había desaparecido!  
 —Bueno ¿y qué? ¿os íbais á comer al cocinero?  
 —No, pero no había dejado preparada la comida.  
 —¡Caramba! digo ¡Calamba! como pronuncia por el cable el general Blanco, eso ya era efectivamente más grave. Figúrate si les llega á suceder en Génova un caso semejante á los periodistas españoles, lo que hubieran dicho del *Cristóbal Colón*. ¿Y qué hicisteis?  
 —Los más íntimos del general corrieron á la cocina. Allí estaban todas las provisiones, ostras, calamares, tortugas para la sopa, patos ¡qué se yo! pero todo crudo.  
 —No, pues las ostras no son tan malas crudas.  
 —Pero ¿quién sabía abrirlas? Fué un dolor. Retrocedimos al salón haciéndonos cruces.  
 —Claro, en la boca.  
 —Beránger, estaba desesperado.  
 —No era para menos. ¿Por qué no reunió una junta técnica?  
 —El secretario particular del Ministro intentó recitarnos, para distraer nuestro apetito, su leyenda premiada en Soria, «El ladrillo milagroso» pero nadie estaba para el tal ladrillo.  
 —Sí, todos estábais más para el Muro (D. Angel), que en cosas de bucólica también milagrea.  
 —Ya nos despedíamos del vice-anfitrión, cuando ¡oh asombro!  
 —¿Cayó al agua el cocinero?  
 —¡Oh asombro! repito, un senador que se había quedado rezagado en la cocina...  
 —Ese sabía cómo se abren las ostras.  
 —Entró precipitadamente en el salón y nos dijo: «No se marchen ustedes. La comida se está haciendo á sí misma.»  
 —¡Y era verdad, Calínez! Las tortugas se desembarazaban de su concha y se metían en el agua hirviendo.  
 Los calamares se sacaban su propia tinta y se tendían en medio de ella con gentil desembarazo. Los patos se desplumaban con las patas, y una ostra persuadía á las demás de que debían abrirse y todas por la persuasión se iban abriendo: ¡A la mesa, á la mesa!—gritamos.—Comenzó el banquete y á la hora del Champagne, saltaron todos los corchos de las botellas, sin que mano humana los tocara. Yo todavía no he vuelto, Calínez, de mi apoteosis. Y ahí tienes la causa de mi susto.  
 —Realmente, Gedeón, el suceso es extraordinario, y si el secretario particular del Ministro, que se de tan buena mano para los versos de fácil construcción, lo narrase en otra leyenda con el nombre de *El banquete milagroso* ¡guay! de Calixto Ballesteros, perdería por ese banquete el cetro de los certámenes.  
 —No creo que le importaría gran cosa, siendo, como tú dices por un banquete.  
 —Y una vez terminada la comida os despedisteis de Beránger tan contentos...

—¿Así nos crees de ingratos, Calínez? Una vez terminada la comida nos despedimos, efectivamente, del General, pero fué para buscar al cocinero.  
 —¡Ah, ya! y conducirlo á la prevención por los disgustos que os había hecho pasar.  
 —¿Qué estás diciendo, Calínez? ¡Y felicitarle entusiastamente por el éxito de la comida!  
 —Cierto, cierto, Gedeón. ¡Yo siempre me olvido de que estamos en esta deliciosa patria que alguien llamó el país de los viceversas, mirando, sin duda, á los ojos del Presidente del Consejo! Muy justas, muy dignas y muy plausibles felicitaciones, porque aunque la comida se hizo sola...  
 —Dispensa Calínez, no se hizo sola porque cerca de la cocina estábamos nosotros.  
 —Tienes razón; rectificaré. Porque aunque la comida fué espontánea...  
 —Tampoco fué espontánea. ¿Si no hubiesen comprado las ostras, los patos, las tortugas y los calamares, habríanse reunido todas estas provisiones y hubiera habido comida?  
 —Vamos, ¿á que según tú, todavía va á resultar que la comida la hizo el Ministro?  
 —Hombre, tanto como eso no. D. José María no se acerca, y hace bien, á las planchas de la cocina; bastante tiene con su pletórica gestión ministerial.  
 —¿Entonces quién hizo el milagro?  
 —¿Y á ti que te importa, Calínez? Hasta el año que viene no hay certamen en Soria.  
 —Bueno; pues por mí que lo averigüe Vargas.  
 —No puede.  
 —¿Porqué?  
 —Porque en *El Liberal* tienen ahora todos mucho trabajo con la ausencia de Morote.  
 —¡Excelente amigo mío! Ha ido á Cuba como corresponsal de ese periódico. ¡Dios quiera que torne con bien!  
 —Y con su propósito realizado.  
 —¿Qué propósito?  
 —El de traerse la única corbata que le falta.  
 —¿Cuál?  
 —La de San Fernando.  
 —Mira tú que si la trajese puesta en el cuello de Maceo... ¿Y del empréstito grande cómo andamos?  
 —Lo mismo que los cangrejos.  
 —Pues por falta de conferencias no será. Yo estoy ya harto de leer en los periódicos: «Esta tarde han conferenciado el Ministro de Hacienda y el Maqués de Comillas. Después de terminar la primera conferencia fumarón un cigarro y celebraron la segunda. Terminada ésta y previo el rezo de un Ave-maria, comenzaron la tercera», y así hasta doscientas cuarenta y siete.  
 —Si no se puede negar, Calínez, que Navarro Reverter trastea á Comillas todo lo que puede. Pero precisamente el empréstito se nos malogra por la ortografía.  
 —Explicame eso, Gedeón.  
 —Muy sencillo: para el empréstito sobran comillas y faltan puntos.  
 —¿De modo que nos quedamos sin los mil millones?  
 —Yo todavía confío en un milagro.  
 —¿Y si falta el milagro?  
 —¡Entonces, buen pelo va á echar el Ministro de Hacienda!  
 —Caramba, Gedeón, eso no sería fallar el milagro. ¡Mucho más fácil es que se cubra el empréstito!

JOTA

Cantada por D. Segis en Zaragoza, y coreada por D. Alberto como un solo hombre

CORO

A la jota jota de don Segismundo, que es hombre elocuente, que es hombre profundo. A la jota jota, que viva Moret; á su lado nadie vale un cacahuet.

DON SEGIS

Vengo de Madrid huyendo á la tierra de Aragón; vengo aquí á ver si defiendo mi patriótica gestión.

No necesito defensa; vosotros lo sabéis ya, mas como zumba la prensa, con mi voz se aplacará.

A la jota jota de los liberales; todos *semos* unos y todos iguales. A la jota jota, viva don Germán... ¡pa que ustedes vean si soy yo *barbián*!

Nosotros somos los jefes en la tienda de campaña; y allí estamos discutiendo la salvación de la patria.

Aunque yo diga una cosa, y otra diga don Germán, lo que el viejo pastor mande unos y otros votarán.

A la jota jota, vaya un desahogo: bien dice *Gamigo*, que yo soy muy *zogo*: patriotas seamos todos hasta el fin y luego votemos... como Morlesín.

Yo tenía dos caminos con el Gobierno de Antón. ayudarle ó derribarle... y la ayuda elegí yo.

Porque es la gracia y el toque del partido liberal, que habiendo conservadores siempre los ha de ayudar.

A la jota jota, Práxedes Mateo es hombre á quien Rotschild le dice: *te veo*. Hacemos pasteles y nos salen bien; ya ustedes lo han visto con lo de Almadén.

Los españoles en Cuba nos jactamos de victorias. pero yo sé de seguro que nos resultan derrotas.

Lo sé de muy buena tinta, de la tinta de Maceo. que el gran Labra se propone verter en el Ateneo.

A la jota, jota, lo mejor, señores, es que á la manigua vayan oradores y que Juan Soldado se vuelva á su hogar y acabar con Gómez á fuerza de hablar.

En las islas Filipinas Blanco, como es liberal, dejó que los insurrectos se reuniesen... y tal.

Conducta digna de elogios, pues Blanco en esta ocasión parece que de mí propio ha aprendido previsión.

A la jota, jota, porque de este atranco airosos saldremos con dejar á Blanco, que organice logias, dé á los indios te... mientras á nosotros nos darán *mulé*.

Hizo muy mal Don Antonio cuando se lavó las manos: si yo estoy en su pellejo, ¡á buena hora me las lavó!

Si yo fuese el *Buñolero*, la llave no entregaría para que saliese el toro á embestir la Monarquía.

A la jota, jota, que hay muchos berrendos y que se preparan horrores... *tremendos*. dentro de muy poco ya verán *ustés*, aun más que las lenguas, correrán los pies.

Nosotros dimos mil medios para poder acabar la guerra: entre una de arena, se ponía otra de cal.

Con mi experta diplomacia la hubiera acabado yo, respondiéndolo con mis notas á las balas de Roloff.

A la jota, jota, qué cómodo es esto; yo acabo la guerra... y hasta el presupuesto. A la jota, jota, duro y á aplaudir. (Ap.)—Mira, Alberto, si alguien se echa ahora á reír.

CORO

A la jota, jota de Don Segismundo, ¡qué hombre tan brillante! ¡Qué hombre tan profundo! A la jota, jota, ¡qué *fecundidad*! ¡Qué talento tiene! ¡Qué *oportunidad*! (Bailan D. Segis y el coro.)

DE OJEO

Albricias, madre, que ya vuelve á escribir Bustillo.

En efecto, con los primeros fríos han vuelto á caer las hojas secas del añoso criticón sobre la planicie descarnada de *La Ilustración Española*... y véase cómo Gedeón saca de entre alcanfores y pimientos las poquitas figuras retóricas de su armario; de igual modo que la empresa de *La Ilustración*, al llegar esta época, limpia los *chouberskys*, acepilla bien la ropa fuerte de reserva y saca de entre pimientos y alcanfores á Bustillo.

Mas ¡ay! que un *paletot* de abrigo y una chaqueta usada pueden darse al sastrero para que *los vuelva*, y á Bustillo no hay medio alguno de *darle la vuelta*.

No tiene más que una cara, y esa... como ustedes saben. Literariamente pudiera decirse que esa cara es la del forro: muletón puro y del más bastote.

Tal vez no otra cosa más fina se necesite para una revista como *La Ilustración*, verdadera manta de Palencia hispano-americana.

Ello es que Bustillo vuelve á las andadas con más fuerza y con peor sintáxis que nunca. Escojan ustedes *al azar* y no bien *destapen* el ar-

tículo toparán con un verbo en singular, cuyo sujeto está en plural, y otras lindezas por el estilo.

Lean, señores, lean lo que sigue:  
«Los cambios que, como á todas las industrias, han traído los tiempos á la industria teatral, nos ofrece á nosotros campo más dilatado para observaciones no más lisonjeras que aquellas de nuestro gran satírico.»

Todo esto quiere decir que el género chico es altamente censurable, en lo cual habla como un libro el ciego de Buenavista; pero podía haberlo dicho sin faltar á la gramática.

Y no vale que el Sr. Bustillo salga por el registro de las erratas de imprenta, pues todos sabemos que *La Ilustración* es una revista correctísima... tipográficamente hablando.

Pero una cosa es saber las reglas de concordancia y régimen y otra tirar puntaditas á los jóvenes incipientes y decir de ellos «que no son los menos útiles los más cobardes, pues de ellos es el arrogante propósito de arrinconar á los literatos viejos.»

¿Sabe el Sr. Bustillo qué quiere decir con eso? ¿Es cobardía arrinconar á los literatos viejos, cuando éstos se sostienen por lo de viejos y no por lo de literatos? En literatura, Comendador, las canas no valen; aparte que, según piensa GEDÉON, el Sr. Bustillo debió de ser viejo siempre. Defiéndase con las cuartillas y no con las canas, como hacen otros ancianos venerables de verdad, como hace Campoamor, como hace Valera. Pero echarla de viejo para defenderse y de joven para atacar, es conducirse como D. Práxedes en Avila.

Y ya se sabe que D. Práxedes no hay más que uno... y sobra.

El corresponsal de *El País* en Zaragoza comunicaba el otro día que, entre varios festejos, un coro de niños había cantado una preciosa aria.

Semejante noticia no nos cogería de sorpresa en caso de haberla dado á continuación del discurso del Sr. Moret.

Porque el tal discurso podía parecer aria y podía parecer coro de niños.

Pero antes del discurso y del trastorno mental consiguiente, la verdad, es fuertecillo eso del aria cantada en coro.

Porque el aria, noble colega, la canta uno solito. Vamos, viene á ser como un discurso del Dr. Esquerdo, que al empezar los corea el público, y al concluir... aria pura, porque no queda un alma en el local.

Aunque luego salga Clarín tachando á GEDÉON de injusto, es lo cierto que casi todos los catedráticos de la Universidad de Oviedo escriben muy mal.

Uno de ellos, el Sr. D. Adolfo Posada, dijo el otro día en nuestra noble amiga *La España Moderna*, que los estudios económicos «han provocado atición muy entusiasta y relativamente constante.»

Ya tenemos aquí otro caso como el del «un poco insufrible» del Sr. de Bengoa, y todo se nos vuelve Becerros. Ninguna cosa puede ser relativamente constante. O consta ó no consta; si consta es de cierto, en absoluto, y si no consta... pues no se le puede llamar constante. ¿Se contentaría el Sr. Posada con que su novia (si novia puede tener quien escribe de Economía política) le fuese constante relativamente?—¿Qué manera de constancia es esta?—diría el Sr. Posada, volviéndose á su apellido, con muchísima escama, si había visto á la elegida de su corazón hablando con otro que ni siquiera fuese profesor de Derecho. E inmediatamente devolvería cartas, rizos, etc., etc.

Y no digan Clarín, ni el Sr. Buylia, ni el Sr. Posada, que éstos son tiquis-miquis: claro que muchísimo peor escriben Ladevese y Zeda, pero á un catedrático de Oviedo se le debe exigir algo más que una corrección relativa.

LA PLANCHA DE LA ESTACIÓN

Pues, señor, nuestro amigo el gran Peña Gamigo, que es hombre tan sagaz como oportuno, bajóse á la estación el otro día, por si acaso ocurría algún percance. Y no ocurrió ninguno. Es decir, hubo un lance, que, á la verdad, tuvo algo de percance y que fué ocasionado, por más que él en regármelo se empeña, por el conde de Peña, por nuestro buen prefecto muy amado. Según los noticieros, había en el andén pocos sombreros de copa, pues al frío hicieron ascos, y porque había miedo de las toses; mas veíanse, en cambio, muchos rosos, y se dice también que algunos cascos. Y el buen Peña Gamigo no vió bien que hubiese tanto ros en el andén. Estaba nuestro Conde asaz perplejo, cuando hete aquí que en el andén se cuela don Francisco Silvela con su perenne risa de conejo; viendo al Gobernador tan compungido, le dice dos palabras al oído, y en el salón de espera se acurruca al momento, muy formal, pues ese salón era

para Don Paco propio y natural. En esto un movimiento en el andén indica que muy cerca está ya el tren, y el Conde, apercebido á todo, y por Silvela prevenido, intenta atravesar, apresurado, muy contra su costumbre, por entre el apretado montón de la espectante muchedumbre. Y entonces, ¡oh admirables efectos del aviso de Silvela! el Conde, tropezando entre los sables, recibiendo el rasgón de alguna espuela, entre tártagos mil, y mil ahogos, grita con voz de angustia:—¡Caballegos, que soy el Conde! ¿Están ustedes ciegos? ¿Se han cegado que estamos en los togos? ¡Clago! ¡Si hay militagues á millagues! ¿Paga qué siguen tantos militagues!— Al oír un discurso tan oportuno allí como ingenioso, retiróse el concurso con paso presuroso, comentando con bueno ó mal humor las frases del señor Gobernador. A poco llegó el tren; muy despejado estaba ya el andén; sólo el Conde no estaba despejado, sino en extremo triste y azarado, sumando muy de prisa en un libejo una más á la lista de las planchas, mientras Silvela, á un lado, refase á sus anchas con su perenne risa de conejo.

EL BARCO BOTADO POR SÍ MISMO

(FABULILLA VERDADERA)

Hace muchos años que en un arsenal hicieron un buque por casualidad. Ya estaba acabado, pronto á navegar, pero se indispuso por casualidad. El buque era hermoso, cosa excepcional, sólido y ligero... por casualidad. Mas cuando quisieron el buque lanzar, se quedó atascado por casualidad. Todo se volvía tirar y tirar... ni una vez movióse por casualidad. Empujones vienen, telegramas van, y el buque tan tieso por casualidad. Pasaron los días y el buque sin par se iba hundiendo, hundiendo... por casualidad. Los meses pasaban, pero un día el mar hinchó las narices por casualidad. Llegaron las olas el buque á rozar... y el buque lanzóse por casualidad. Sin reglas del arte buques de estos hay que solitos botan por casualidad. No se ofenda nadie, que esta es la verdad: se botó aquel buque por casualidad. Carranza lo dice y es cosa oficial: «sin preparativos», por casualidad. Y el señor Beránger tan contento y tan... de haber acertado por casualidad.

.... y armas al hombro.

En Zaragoza, con motivo de las fiestas del Pilar, se han dado varias comidas á los pobres. No se sabe que haya costeado ninguna el Sr. Ministro de Ultramar. Eso era antes. Pero ya no le gusta jugar á las comiditas.

El Liberal se queja de que varios subscriptores suyos que residen en Matallana no reciben jamás el número. Pero ¿es en Matallana ó en Patalallana? Porque en este último punto, lo que más se lee es el órgano de Ferreras.

En Eslava ha debutado una tiple de oro. Vamos, que se llama la señorita de Oro. Nos alegraremos de que resulte ser de oro legítimo. Para dar beneficio al papel.

Noticia religiosa: «En el Espíritu Santo empieza la novena á Nuestra Señora de la Correa, y será orador, por la tarde, el P. Conrado Muñíos.» No sé si recordarán ustedes que el P. Muñíos es uno de los más latíferos y modernistas hijos de San Agustín. Lo es mucho más que el P. Blanco. ¿Comprenden ustedes ahora que predique los sermones de la Correa? No otra cosa necesitarán los oyentes.

El entusiasmo en Cádiz: «La Unión Montañesa» de San Fernando de regalado dos botas de vino para obsequiar á la maestranza y marinería del arsenal de la Carraca.» Y al crucero ¿no le obsequian con nada? Verdad es que le brindaban con no sé cuántas pipas y no ha querido.

Dice un corresponsal de París que un tribunal de honor ha resuelto satisfactoriamente el asunto Barhou-Cornudet.

¡Demonio! ¿Y cómo se habrá podido resolver con honor y con satisfacción eso de Cornudet?

Eso demuestra los deseos de paz que animan á los franceses.

Aquí, por mucho menos que eso nos pegamos de morradas.

Telegrama de París:

«París 19.

«Los laborantes cubanos residentes en Francia se agitan mucho para conseguir una campaña de prensa á favor de su causa y para promover meetings, tanto en París como en provincias; pero la opinión se muestra en general refractaria á estos manejos. Sólo algunos radicales y socialistas les prestan apoyo, figurando entre los primeros, especialmente, Enrique Rochefort.—Fabra.»

¿Rochefort ó Roquefort? De todas maneras deben saber los laborantes que aquí no nos la dan con queso.

Bodas reales:

«Los Príncipes de Montenegro habitarán en Roma en el Palacio de la Consulta hasta que se celebre el matrimonio.»

¿El palacio de la Consulta antes del matrimonio? Más inclinado estaba antes de la Extremaunción.

La campaña de Filipinas se presenta cada vez más negra.

Y para mayor negrura nos envían á España al único General que daba algo de claridad. Echa-luce.

El Capitán Fracasa, comedia estrenada en París el otro día, justificó su título.

Fracasó. No se pueden poner títulos arriesgados. Díganlo, si no, *Las peluconas*.

Que para los autores resultaron pelucas echadas por el público.

Lo cual fué abusar, porque ninguno de ellos ha debido de quedarse calvo.

Felicitemos á la policía madrileña, pues no es solo en esta corte donde los timadores realizan á mansalva sus hazañas.

Una distinguida familia, con efecto, que pensaba regresar de San Sebastián para una fecha determinada, tuvo que retrasar su viaje á consecuencia de un timo.

Del consabido timo del cartucho. Afortunadamente, este suceso no produjo á la distinguida familia de referencia más que la molestia consiguiente al retraso de su viaje.

El Imparcial aconseja al Ministro de Marina que felicite cordialmente á la marea del día en que cayó al agua el crucero.

Nosotros le aconsejamos que no la felicite, porque no podrá devolverle las gracias.

Era marea muerta. El vivo fué el barco.

Hombres oportunos, los ministros conservadores. El Ministro de Marina se encuentra con los cruceros botados por sí mismo «heautontibotúmenos».

En cambio, el amigo Tejada Valdosa mandó construir un ascensor para subir á su apellido.

Y se gastaron nueve mil pesetas. Y vió Valdosa que era bueno.

Es decir, verlo, no pudo. Ni probarlo tampoco.

Porque, «no bien» gastadas las nueve mil pesetas, ¡pa! han suprimido el agua, y ya no «chuffa» ningún ascensor.

Nada, que el pobre Valdosa no tiene medio alguno de elevarse por medio de los líquidos.

Ni por medio de los sólidos. Ahora resulta que es una «teja» muy próxima á desprenderse.

Veremos sobre qué cabeza.

¿Han visto ustedes lo de las fiestas franco-rusas? Pues bueno: para contrarrestar los efectos de la alianza, el bueno del «Kaiser» alemán ha cogido los pinceles y ha pintado otro cuadrado como el de maras.

O peor, si se quiere. Es un sistema muy curioso.

El mismo que sigue D. Eduardo Bustillo cuando quiere vengarse de algún «detractor».

«Va» y escribe un romance «incisivo» (ya que otros incisivos no tiene), llamándole al interesado Jove ó Jano ó cualquier cosa mitológica.

Y se queda tan fresco. Conste que esto no lo sabemos «directamente».

Nos lo ha contado Taboada.

## EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

### La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

(CONTINUACIÓN)

#### CAPÍTULO VI

##### Mirada atrás

Recapitulemos. Nuestros lectores recordarán el hallazgo de la momia de Ramsés II junto á la tapia de la Casa de Campo. No habrán olvidado tampoco la reunión de la siniestra banda enemiga de Rocambole en una casa de la calle del Bombo. Fresco estará asimismo en su memoria el incendio de Madrid, y caliente el recuerdo del chaparrón provocado por el Brujo para extinguir las llamas. Hemos dejado al albañil en casa de los Apóstoles y podemos, por consiguiente, continuar nuestra obra. Han pasado treinta años. El General Boulanger continuaba siendo Ministro de Marina. Había dado su paseo habitual por el Retiro y regresaba al Ministerio sin averías. Esta extraordinaria circunstancia era muy comentada. Al doblar la esquina del café de Fornos un individuo le salió al paso. Vestía un chaquet de un color indefinible y un hongo gris. En su tez bronceada se conocía que había permanecido largos años en los países tropicales. Su chaquet debía haber estado asimismo muchas veces en las casas de préstamos. A pesar de esto se adivinaba en todo este personaje un aspecto de honradez. Su acento era extranjero. —Señor—le dijo al Ministro en el más puro castellano, —aunque como soy de la patria, vengo á ofrecer á V. E. mis servicios para la creación de una poderosa escuadra. El Ministro hizo un pie atrás con sorpresa. —No muy lejos de aquí—siguió diciendo el hombre del chaquet indefinible—hemos construído varios socios unos astilleros como no hay otros en el mundo. —¿Pero quién eres tú?—le interrogó con mucha confianza el Ministro. —¡Oh! ¡Cuán larga es mi historia!—contestó el desconocido con melancolía. Nací en Madrid, hijo de albañiles y abracé la honrosa profesión de mis padres. Cierta día, y merced á extrañas aventuras largas de referir, fui á parar á la casa de unos hombres santos, que todo lo curaban con el agua. Esto despertó en mí sentimientos marítimos. Entre esos hombres, llamados por el vulgo los Apóstoles, figuraba uno cuyo verdadero nombre era Rocambole. Nosotros le llamábamos el maestro. El era el que nos dirigía y enseñaba. Conociendo mis aficiones por las cosas de mar, me dijo cierta vez: Ignotus—pues tal era el nombre que yo entre los apóstoles usaba,—tú serás el creador de nuestra poderosa escuadra. Vete á reconocer todos los astilleros del mundo. Estúdialos y toma apuntes en esta cartera. Si en alguno de ellos encontrases á muchos periódistas almorzando, no te detengas y pasa.

Así lo hice, porque entré nosotros, señor, lo que Rocambole manda, ha de ser obedecido en seguida. Durante veintinueve años no dejé de recorrer astilleros y arsenales. En todos ellos encontré las mismas rutinas é idénticos procedimientos. Madera, hierro, nikel; no es esto lo que yo buscaba. Yo quería algo nuevo, á la par ligero y sólido; elegante á la vez que musical. Tras prolijos estudios di con lo que buscaba. Regresé á nuestro país y, de acuerdo con Rocambole, mi maestro siempre, comencé en la misma capital del reino á montar los astilleros, y una vez terminados éstos, emprendí la construcción del primer buque. Hoy lo tengo ya terminado y vengo á ofrecérselo como el jalón inicial de una poderosa escuadra. Por la cara del Vicealmirante Boulanger pasó, al escuchar estas frases, una ola de alegría. Era la primera ola que pasaba cerca de su excelencia. —¿Y dónde están esos providenciales astilleros y ese milagroso buque?—dijo. —Cerca de aquí: en el extremo de un largo arsenal. Si V. E. quiere seguirme... —Vamos, vamos de prisa. Después del ladrillo milagroso que le han premiado en Soria á un deudo mío, no conozco nada más milagroso que lo que usted acaba de decirme. El hombre del chaquet indefinible y el ministro de Marina se pusieron en marcha. Dejémosles por el momento con la velocidad de tres millas por hora á tiro forzado. ... ¡Cómo estaba seis noches después nuestro primer coliseo lírico! En un palco bajo se veía á Emilia la pálida, profusamente cubierta de lilas, su color predilecto. En las butacas, ocultando su emoción, veíase á Rocambole rodeado de los caballeros de la daga y de los Apóstoles. Pozo-Blondo había adelgazado y el Dato de Ira á consecuencia de la sublevación del Archipiélago filipino se sentía mucho menos Dato que antes. La momia de Ramsés II lucía un irreprochable frac. Asmodeo le daba el brazo; no al frac, sino á la momia. Antifacillo apuntaba en un carnet la lista de personas conocidas y los nombres de sus cocineros. Monte Cristo anunciaba á sus relaciones numerosas, que se había mudado adonde Cristo dió las tres voces, sin que él oyera ninguna. La Marquesa del Tanque se presentó en un palco cubierta de piedras. Para hablar abrió un rubí partido en dos. La del *The Funeral* estaba preciosísima y siempre viuda. En un palco todos los Ministros y en primer término el general Boulanger. La sala deslumbraba. El hombre del chaquet indefinible amparábase modestamente en la primera caja de los astilleros. Alzóse el telón y un grito de ¡viva Perrone! se corrió por el vasto espacio del teatro. Eran los estómagos agradecidos. Las voces fueron ahogadas entre siseos. Al fin, majestuoso, gallardo, severo, deslizóse por las gradas del escenario sin necesidad de empujoncitos, ido espontáneo; y á pesar de todas las opiniones, el buque restaurador de nuestro poderío marítimo, el *Buque Fantasma*. Un ¡hurra! formidable salió de todas las bocas. El General Boulanger se desmayó, de júbilo, en brazos del Jefe de Fomento, muy acostumbrado á sostener personas desmayadas. Todos corrían á abrazar á Rocambole, y éste, digno, modesto, reconcentrado, advertía previsora-mente á las personas que acudían á su encuentro que no se cayeran dentro de Pozo-Blondo. Rocambole triunfaba una vez más. Sus enemigos se mordían las muñecas de ira. Pero ¿qué le pasaba mientras tanto al hombre del chaquet indefinible?

(A seguir.)

## SAGASTA EN FORTUNA

(PARODIA DE UNA FAMOSA ESCULTURA)



Gedeón.—¡Anda, hijo, que buena falta te hacía este lavatorio!

## CÁNOVAS TOLEDANO



Ultimo retrato del Presidente del Consejo.

## NUEVO DICCIONARIO de la Real Academia Gedeónica.

(No confundirla con la de enfrente.)

(Continuación.)

ANZUELO.—Sinónimo de credencial del Gobierno, en casi todos los casos. || *Tragar el anzuelo*: es lo que más ha hecho el Sr. Marqués de Cabriñana en su todavía no larga vida pública. AÑADIR.—Varios diputados dicen *añadir*. Varios ministros lo necesitan con verdadera urgencia. || *Añadir agua al vino*: ocupación favorita de Don Segis. AÑAGAZA.—Con lo que salen ahora los carlistas. Que ande con ojo quien deba andar. AÑASCAR.—Función y oficio del Sr. Silvela en política. AÑEJO.—No es lo mismo que rancio. Ejemplo de añejo: D. Gaspar Núñez. Ejemplo de rancio: Don Eduardo Bustillo. AÑICOS.—Lo que resta del partido republicano. AÑO.—Minuto que pasa el país bajo la base de D. Antonio ó D. Práxedes. || *Año astronómico*: formidable lata que anualmente nos suministra *La Ilustración* por conducto del Sr. Aramis ó Arcimis. || *Año climatérico ó de las nueve setenas*: de él pasó hace mucho tiempo el Sr. Concha Castañeda y camina rápidamente hacia el segundo año climatérico. || *Año de gracia*: vienen siéndolo todos hace tiempo, pero todavía no ha llegado el año de justicia. || *Año nuevo, vida nueva*: refrán que repiten al oído del Sr. Cánovas los Sres. Osma, Lastres, Mochales y Vadillo. || *Año sidéreo*: el del cultivo de la seda, según varios autores. || *Año vulgar*: el de D. Venancio González. || *A buen año y malo, harinero á hortelano*: quiere decir que siempre lo pasan bien los amigos de D. Germán ó de D. Antonio. || *Año de brevas, nunca le veas*: proverbio de D. Aureliano, que prefiere los años de higos. || *Año de heladas, año de parvas*: proverbio del Sr. Cos-Gayón, que cuanto más helado, más terne se encuentra. || *Año lluvioso, échate de codo, que en año seco, comértelos hás*: indica lo mal que hemos de pasarlo durante la sequía conservadora. || *Cien años de guerra y no un día de batalla*: adagio de los generales Weyler, Blanco y otros. || *El año de la Nanita*: la edad florida de Asmodeo. || *El mal año entra nadando*: aplíquese el cuento el Ministro de Marina, guarde la ropa y déjese de botaduras. || *En buen año y malo, ten tu vientre arreglado*: regla de conducta de D. Emilio prólogo. || *Estar de buen año*: lo que se propuso demostrar el maestro Chueca retratándose de mallas. || *Mal año ó buen año, ocho caben en un banco*: eso dicen siempre los que